

haber comido suculentemente, sentado en una hermosa y clara habitación, juzga con tranquilidad los asuntos de China y halla justas las muertes que allí se ocasionan; ó el cantor que, exponiéndose á la encarcelación, con unos cuantos céntimos en el bolsillo, vaga sin hacer daño á nadie durante veinte años por las montañas y los valles consolando á los hombres con su canto y á quien han ofendido, casi expulsado hoy, y que, fatigado, hambriento, avergonzado, se ha ido quizás á dormir sobre un montón de paja podrida?

En este momento y en el profundo silencio nocturno de la ciudad, lejos, muy lejos, oí la voz y la guitarra del hombrecillo. No, me dije espontáneamente, tú no tienes el derecho de quejarte ni de indignarte contra el bienestar del lord; quién ha pesado la felicidad interior escondida en el alma de cada uno de esos dos hombres? Ahora debe estar sentado en algún sitio, sobre el fangoso suelo, contemplando la brillante claridad de la luna, y canta alegremente en la tranquila y perfumada noche. En su alma no siente ni pesares, ni cóleras, ni remordimientos; y quién es capaz de averiguar lo que pasa en el alma de los hombres que están detrás de esos altos y ricos muros? Quién sabe si hay en ellos tanta alegría inconsciente y dulce de la vida, tanta afinidad con la naturaleza, como hay en el alma de aquel hombrecillo!

Infinita es la piedad y la bondad de Aquel que ha permitido y ordenado la existencia de todas estas contradicciones!

No es tan sólo para tí, diminuto gusano que, con increíble audacia, tratas de penetrar sus leyes y sus intenciones, no es tan sólo para tí que parecen existir estas contradicciones? El mira dulcemente desde su alta y clara inmensidad, alegrándose de la infinita armonía que existe dónde tú ves solamente contradicciones... En tu orgullo pensabas escapar á las leyes generales; no, y tú también, con tu mezquina indignación contra los criados, tú también has obrado de conformidad con las armoniosas leyes de lo eterno y de lo infinito...

Memorias de Petruchka

1856



I

ERAN cerca de las tres. Algunos señores estaban jugando; el «cliente grande», así le llamaban, y el príncipe. El del bigote largo estaba sentado con el húsar Oliver, un viejo actor y *Messire*; había bastante gente.

El «grande» jugaba con el príncipe, y yo andaba alrededor del billar señalando con mi contador: 10 y 48, 12 y 48; todos conocen el trabajo del marcador; sin tener un bocado de pan en el estómago y sin haber dormido en dos noches hay que gritar los puntos y retirar las bolas, gritando y contando á la vez. Por la puerta apareció un caballero, dió una mirada á todas partes y se sentó en el diván. «Quién puede ser? Es decir: á qué clase pertenece?» pensé.

Iba muy aseado y elegantemente vestido, conociéndose á primera vista que aquel traje acababa de salir de la sastrería; pantalón de cuadros, chaqueta á la moda muy corta, chaleco de felpa y una cadena de oro con varios dijes; iba vestido con mucho cuidado, pero su misma persona le hacía aun más elegante; delgado, de alta talla, los cabellos de delante rizados á la moda, cara blanca y sonrosada, en una palabra, un buen mozo.

Es sabido que vemos gentes de todas clases, desde lo más encopetado hasta lo más andrajoso... por ese motivo, y apesar de ser marcador, se acostumbra uno á los hombres, es decir, que se entiende algo en política social.

Miré al caballero, y ví que se sentaba tranquilamente, sin saludar á nadie; su traje era nuevo, y pensé: «Sí, es un extranjero, un inglés, ó un conde que acaba de llegar». Apesar de que era joven tenía el aire muy importante; cerca de él estaba Oliver, el cual se separó un poco.

La partida había concluído. El «grande» había perdido y me gritó:

—Tú mientes siempre, cuentas mal y estás muy distraído.

Me injurió, tiró el taco y se fué. Todas las noches juega con el príncipe un partido de cincuenta rublos, y ahora acaba de perder una botella de Macon y se pone fuera de sí. Bah! Es un carácter raro! Sucede amenudo que juega con el príncipe hasta las dos de la madrugada sin poner dinero en la bolsa; yo ya sé que no tienen ni el uno ni el otro, pero así tiran pólvora en salvas, se dan importancia y dicen con aire serio:

—Qué, doblamos hasta 250?

—Bueno.

Y si tengo la desgracia de bostezar ó de no poner bien la bola, porque el hombre no es de hierro, entonces hay que oírles:

—Que no jugamos con tiza, que jugamos con dinero!

Este me odia más que los otros.

En cuanto se fué el «grande», el príncipe se dirigió al caballero que hacía poco había llegado y le dijo:

—Queréis jugar un partido conmigo?

—Con mucho gusto,—contestó.

Estaba sentado tan majestuosamente que parecía ser muy altanero, pero cuando se levantó y se acercó al billar, volvióse tímido... no precisamente tímido, pero se veía que no tenía el espíritu tranquilo. Estaba incómodo con el traje nuevo ó temía que todos le mirasen? Con seguridad no tenía ya tanto aplomo; anduvo de extraña manera, de lado, enganchándose varias veces con las borlas; empezó á frotar el taco con la tiza, dejándola caer. Hasta cuando podía haber hecho una buena carambola volvía la cara y se ruborizaba. No era como el príncipe, éste ya está acostumbrado; se blanquea las manos, se sube las mangas y cuando pega, apesar de tener poca talla, hace balancear las borlas.

Jugaron dos ó tres partidos, ya no me acuerdo. El príncipe dejó el taco y dijo:

—Me permitís que os pregunte vuestro nombre?

—Nekhludov,—dijo.

—Es vuestro padre el que mandaba el ejército?

—Sí.

Pusiéronse á hablar en francés, no pudiendo entender ya nada de lo que decían; sin duda hablaban de su parentesco.

—Hasta la vista,—dijo el príncipe.—Mucho me alegro haberos conocido.

Lavóse las manos y se fué á cenar; el otro quedóse al lado del billar y con el taco empujó las bolas.

Nuestra obligación es sabida; con un cliente nuevo, mientras más grosero es uno, va mucho mejor; yo cogí las bolas y las retiré. El otro se sonrojó y me dijo:

—Se puede jugar aun?

—Ciertamente, el billar está aquí para jugar,—le dije.

Le miré y arreglé los tacos.

—Queréis jugar conmigo?

—Con mucho gusto,—le dije y puse de nuevo las bolas.—Queréis jugar á pasar por debajo?

—Qué significa: á pasar por debajo?—dije.

—Pues, esto! Vos me dais cincuenta kopeks y yo paso por debajo del billar.

Con seguridad que nunca había visto nada, pues esto le pareció extraño y se echó á reír.

—Bueno, vamos, vamos,—dijo.

Entonces le pregunté:

—Cuántos tantos me dais adelantados?

—Juegas, acaso, peor que yo?

—Cómo! Aquí hay pocos jugadores que puedan luchar con vos,—dije, y nos pusimos á jugar.

Se imaginaba verdaderamente ser un maestro; pegaba siempre de lado y *Messire*, que estaba sentado, decía cada vez:

—Bien por la bola! Vaya una jugada!

La jugada verdaderamente no era del todo mala, pero no sabía calcular. Por conveniencia perdí la primera partida, y pasé por debajo del billar gimiendo. Entonces Oliver y *Messire* se levantaron de sus sitios y golpearon con los tacos.

—Bravo! Otra vez, otra vez!—gritaron.

Qué «otra vez!...» sobre todo *Messire*, que por cincuenta kopeks pasaría, no solamente por debajo del billar, sino por debajo del puente azul; y gritó:

—Muy bien! Aun no ha limpiado todo el polvo!

El marcador Petrushka!... yo creo que es conocido de todo el mundo.

No había más que Tarik y Petrushka.

Como es de suponer, yo no jugaba tan bien como sabía y perdí la segunda partida.

—Caballero, es imposible luchar con vos,—dije.

El se echó á reír.

Después, cuando hubo ganado ya tres partidas, él tenía 49 y yo ninguno, puse el taco encima del billar y le dije:

—Queréis jugar el todo?

—Cómo el todo?—dijo.

—Sí, vos me pagaréis tres rublos ó nada,—dije.

—Cómo, acaso juego dinero contigo, imbécil?

Hasta se ruborizó al pronunciar estas palabras. Acabamos y perdió la partida.

—Basta!—gritó.

Sacó una cartera nueva, comprada en el bazar inglés y la abrió. Ya veo que quiere presumir. La cartera estaba llena de dinero, pero todo en billetes de cien rublos.

—No, no hay moneda pequeña,—y del bolsillo sacó tres rublos.

—Dos rublos por el tiempo... el resto de propina.

Le dí las más expresivas gracias por todo.

—Ya veo que sois muy generoso, por esta suma ya se puede pasar por debajo... Una sola cosa es de sentir, y es que no queráis jugar dinero; sino yo me aplicaría y os ganaría quizás veinte ó treinta rublos.

Cuando *Messire* vió el dinero, le dijo:

—Queréis jugar una partida conmigo? Jugáis tan bien...—dijo haciéndose el disimulado.

—No, excusadme, no tengo tiempo,—y se fué.

Yo no sé quien era *Messire*. Uno le llamó *Messire* y se le quedó el nombre. Pasaba días enteros sentado en la sala del billar. No le invitaban á ningún juego, y él se sentaba, tomaba su pipa y se ponía á fumar. Pero acaso sabía jugar?



II

NEKHLUDOV vino una segunda vez, una tercera y empezó á venir con frecuencia; muchas veces sucedía que se quedaba todo el día. Aprendió á jugar á carambolas, á la guerra, á la pirámide. Se volvió más atrevido, trabó conocimiento con todos y empezó á jugar bien. Naturalmente, un joven de buena familia, con dinero, todos le estimaban; pero una vez se disputó con el «cliente grande».

La cosa empezó por una tontería.

Jugaban á la guerra el príncipe, el «cliente grande», Nekhludov, Oliver y algún otro. Nekhludov estaba cerca de la chimenea hablando con uno.

Le tocaba jugar al «grande», su bola estaba enfrente de la chimenea, aquel lado era un poco estrecho y á él le gustaba tener mucho sitio.

No vió á Nekhludov ó lo hizo exprofeso? tiró el brazo con fuerza y con el codo dió un fuerte golpe en el pecho de Nekhludov. Pero, qué golpe! Este dijo: «Oh!...» Que tal? vaya un granuja! ni siquiera se excusó! Alejóse sin mirarle y aun murmurando:

—Cómo ahora se paran aquí? eso me impide hacer mi bola; no hay sitio en otra parte?

El otro se acercó pálido y le dijo con calma y cortesía:

—Antes que nada, caballero, debíais haberos excusado...

—No tengo tiempo de excusarme ahora,—dijo.—Yo debía ganar y ahora otro hará mi bola.

Nekhludov repitió de nuevo:

—Deberíais excusaros.

—Apartaos, vaya un pegajoso,—dijo sin perder de vista su bola.

Nekhludov se le acercó más y le cogió por el brazo:

—Sois un insolente,—dijo.

Era delgado, joven, tímido como una niña; pero, sin embargo, tenía mucha presencia, sus ojos brillaban que parecía que iba á tragárselo. El «cliente grande» era un hombre fuerte, alto, en comparación con Nekhludov.

—Cómo! yo un insolente?

Y al mismo tiempo levantó la mano sobre él. Todos los que estaban allí pusiéronse por medio y cogiéndoles del brazo los separaron. En medio de aquel escándalo, Nekhludov dijo:

—Que me dé una satisfacción, pues me ha ofendido.

Y el otro respondió:

—No doy ninguna satisfacción; no es más que un niño; le tiraré de las orejas.

—Si no me dais una satisfacción es que no sois caballero,—dijo Nekhludov, estando casi á punto de llorar.

—Tú eres un niño, y no me ofenden tus palabras,—respondió el otro.

Los separaron como de costumbre, llevándolos á diversas habitaciones. Nekhludov era muy amigo del príncipe.

—En nombre del cielo os suplico que vayáis y le exhortéis... —le dijo.

El príncipe fué y el «grande» le replicó:

—Yo no temo nada; no quiero explicaciones con un niño; no quiero y se acabó.

Después se habló mucho de ello, pero al fin todo quedó en calma.

Pero el «cliente grande» no volvió más.

Respecto al amor propio, Nekhludov era un verdadero gallo... pero en cuanto á lo demás no sabía una palabra.

Recuerdo que una vez dijo el príncipe á Nekhludov:

—Quién vive aquí contigo?

—Nadie.

—Cómo nadie?

—Pues, qué?—dijo Nekhludov.

—Cómo pues qué!

—Yo,—dijo,—hasta el presente he vivido siempre solo; entonces, por qué no puedo seguir así?

—Cómo, que vives solo? No es posible!

Echóse á reír, haciendo lo propio los demás. Se burlaban enteramente de él.

—De modo que nunca?...—le dijo uno.

—Nunca.

Reventaban todos de risa. Entonces, naturalmente, comprendí que se burlaban de él y quedé esperando el resultado.

—Vamos ahora, enseguida, á ver á una...—dijo el príncipe.

—No, de ninguna manera.

—Ah! Basta ya, eso es ridículo...

Y con esto se fueron. Volvieron al cabo de una hora y se pusieron á cenar.

Estaban reunidos muchos y los mejores clientes: Atanov, el príncipe Razine, el conde Chustakh, Mirtzov y todos refan y felicitaban á Nekhludov. En aquel momento me llamaron y ví que estaban muy alegres.

—Felicita á ese señor,—decían.

—De qué?—pregunté.

—Como él ha dicho: *de su conversión... ó conversación*; no me acuerdo bien.

—Tengo el honor de felicitaros,—dije.

Se ruborizó y sin decir nada se sonrió.

Después todos, muy alegres, pasaron á la sala de billar. El se apoyó de codos en la mesa y dijo:

—Para vosotros es gracioso, para mí es triste. Por qué he hecho eso? Ni á tí, príncipe, ni á mí, perdonaré eso en mi vida;—y se puso á gemir y aún á llorar.

Con seguridad que ni él mismo sabía lo que se decía.

El príncipe se acercó á él y se sonrió.

—Basta de tonterías,—dijo.—Vámonos á su casa...

—No quiero ir á ningún sitio,—dijo.—Por qué he hecho eso?

Y continuó llorando; no quería apartarse del billar, eso es todo. He aquí lo que es un hombre joven y sin experiencia...



III

VENÍA muchas veces así. Un día llegaron él, el príncipe y el caballero del gran bigote que siempre venía con el príncipe. Los clientes siempre le llamaban Fedotka; tenía unos grandes pómulos y era muy feo, pero vestía con elegancia y venía siempre en coche.

Por qué aquellos caballeros le querían tanto?

Verdaderamente no lo comprendo. *Fedotka, Fedotka* y ya está: le agasajan, le dan de comer y de beber, pagan por él... Y es un pillito! Cuando pierde no paga, y cuando gana es seguro que... que lo cogerá bien fuerte... y siempre del brazo del príncipe.

—Tú perecerías sin mí,—le dijo un día.

Qué valiente!

Pues bien, al llegar dijeron:

—Juguemos una partida de tres á la guerra?

—Vamos.

Empezaron á jugar á tres rublos la partida. Nekhludov y el príncipe no cesaban de hablar.

—Qué tal?... Tenía buena pierna?—decía el príncipe.

—No,—contestaba el otro,—lo que tenía es una hermosísima trenza...

Creo inútil decir que no ponían cuidado en el juego, y continuaban hablando entre sí. Fedotka sabía lo que convenía, estaba atento y jugaba con seguridad, mientras los otros fallaban ó hacían faltas

muy gordas. Fedotka había ganado ya diez rublos á cada uno. Con el príncipe, sabe Dios las cuentas que se tendrían, porque nunca se pagaban el uno al otro; pero Nekhludov sacó dos billetes y se los alargó.

—No,—dijo.—No quiero tomar tu dinero; juguemos otra partida, y ó doblamos ó quedamos en paz; es decir, ó gano doble ó anulamos la partida.

Yo retiré los billetes; Fedotka jugó el primero, Nekhludov jugó afectando negligencia. Hubo un momento en que pudo ganar la partida, pero dijo:

—No, no quiero, es demasiado fácil.—Fedotka no se distraía, pues había preparado el juego y como por casualidad ganó la partida.

—Vaya,—dijo,—lo jugamos todo?

—Bueno.

Ganó otra vez.

—No,—dijo.—Esto empieza á molestarme, no quiero ganarte mucho; va todo?

—Va.

Cincuenta rublos van en el juego y todavía dice Nekhludov «jugamos el todo!»

Han seguido jugando cada vez más fuerte; por fin le ha ganado doscientos ochenta rublos. Fedotka conoce el sistema: pierde la simple y gana la doble; y el príncipe, que está sentado, ve que la cosa se está poniendo seria.

—Basta, basta,—dijo.

Pero, ¡quía! Seguían aumentando la apuesta.

Al fin, Nekhludov había perdido quinientos y pico de rublos. Fedotka soltó el taco y dijo:

—No hay aun bastante? Estoy cansado.

Pero lo cierto es que está dispuesto á jugar hasta el alba con tal que le den dinero. Ya conocemos esa política.

El otro quiso jugar aun más y exclamó:

—Sigamos, sigamos!

—No, te juro que estoy cansado; vamos arriba,—dijo,—allí tomarás la revancha.—Arriba, los clientes juegan á las cartas.

A partir de ese día, Fedotka lo atrajo de tal manera, que siguió viniendo todos los días. Juega dos ó tres partidas y después arriba, siempre arriba. Que pasó entre ellos, Dios lo sabe; pero se ha vuelto otro y siempre con Fedotka. Antes vestía á la moda, limpio, rizado, y ahora... tan sólo por la mañana viene un poco arreglado, pero después, cuando baja, ya no parece el mismo.

Una vez llegó con el príncipe, estaba pálido, sus labios temblaban y discutían los dos.

—Yo,—dijo,—no *le* permitiré que diga que no soy *delicado* ó algo parecido y que *él* no jugará más conmigo. Yo *le* he pagado diez mil... así es que *podría* ser más reservado con los extraños.

—Basta!—dijo el príncipe.—Acaso vale la pena de enfadarse con Fedotka?

—No, yo no lo dejaré así.

—Déjalo, puedes rebajarte hasta el punto de tener una cuestión con Fedotka?

—Pero delante había extraños...

—Cómo, extraños! Pues bien, quieres que al instante le obligue á pedirte perdón?

—No,—dijo.

Y se puso á hablar en francés, no entendiendo nada más de lo que dijeron. Pero, anda, que la misma noche cenaron juntos con Fedotka y su amistad continuó.

Una vez vino solo.

—Eh! que juego bien?—me dijo.

Nuestro trabajo ya se sabe que es adular á todo el mundo. Decimos: «Sí», y Dios sabe si juega bien; pega fuerte pero no sabe apuntar. Desde entonces está liado con Fedotka y juega siempre dinero; antes no le gustaba el juego interesado, ni comidas, ni *champagne*, ni nada. Algunas veces el príncipe decía:

—Vamos á jugaros una botella de *champagne*.

—No,—exclamaba.—Mejor será que la traigan sin jugar. Eh! trae una botella! Ahora juega siempre dinero, se pasa todo el día aquí, ó bien juega al billar con cualquiera ó se va arriba. Un día pensé: Por qué juega siempre con los otros y no conmigo?

—Qué!—le dije.—Hace mucho tiempo que no habéis jugado conmigo.

Nos pusimos á jugar. Cuando le hube ganado diez veces cincuenta kopeks, le dije:

—Queréis jugar el todo?

El se cayó; no me dijo como la otra vez: *imbécil*. Nos pusimos á jugar para hacer la paz ó doblar, habiéndole ganado aquel día ochenta rublos.

Todos los días venía á jugar conmigo; esperaba siempre el momento en que no hubiera nadie, porque naturalmente le daba vergüenza jugar delante de los otros con el marcador.

Una vez se enfadó no sé por qué, había perdido ya sesenta rublos.

—Quieres el todo?—dijo.

—Bueno,—le contesté.

Gané de nuevo.

—Ciento veinte contra ciento veinte?

—Cómo queráis,—contesté.

Gané otra vez.

—Doscientos cuarenta contra doscientos cuarenta?

—No es demasiado?—pregunté.

Por un momento guardó silencio; jugamos y gané la partida.

—Cuatro cientos ochenta contra cuatro cientos ochenta?

Entonces le dije:

—Por qué derrocháis el dinero? Dadme, si queréis, cien rublos y lo restante dejémoslo.

Entonces él, siempre tan amable, gritó:

—Juegas ó no juegas!

Entonces ví que no había remedio.

Naturalmente, yo quería perder; le dí cuarenta tantos; él tenía 52 y yo 36, apuntó á la amarilla metiéndola en el 18 y mi bola se encontraba en el camino, le dí un golpe para que saltase del billar, pero no lo pude conseguir, la bola dió un golpe doble y gané de nuevo la partida.

—Escucha, Piotre,—no me llamaba nunca Petrushka.—No puedo darte el dinero inmediatamente, pero dentro de dos meses podré pagarte hasta tres mil.

Al decir esto se ruborizó y la voz le temblaba.

—Está bien,—le dije arreglando los tacos.

Empezó á pasearse arriba y abajo, apareciendo su rostro bañado en sudor.

—Piotre, juguemos el todo?—dijo casi llorando.

—Por qué queréis jugar otra vez?—le contesté.

—Anda, te lo ruego.

El mismo me alargó el taco; lo cogí y tiré tan fuerte las bolas sobre el billar que cayeron al suelo. Esto, se comprende, era para hacérselo entender, y dije: «Si queréis!...» Tenía tanta prisa que él mismo recogió las bolas. Yo me dije: «De todas maneras no veré más mis setecientos rublos, así es que si pierdo me es igual». Empecé exprofeso á jugar mal, entonces me dijo: «Por qué juegas mal expresamente?» Sus manos temblaban y cuando la bola rodaba hacia la tronera, entonces crispaba los dedos, torcía la boca é inclinaba la cabeza y los brazos hacia la tronera.

—Eso no os ayudará,—le dije.

Cuando hubo ganado esta partida le dije:

—Me debéis ciento ochenta rublos y ciento cincuenta partidas. Yo me voy á cenar.

Solté el taco y salí, sentándome en una mesita que había delante de la puerta para ver lo que haría. Creyendo, sin duda, que nadie le veía, se paseaba febrilmente; de pronto se detuvo y murmurando no sé qué se tiró de los cabellos. Después de esto, estuvo sin venir por espacio de ocho días. Vino una vez al comedor, estaba muy cabizbajo y no entró en la sala de billar. El príncipe le vió.

—Vamos á jugar?—le dijo.

—Yo no jugaré más.

—Que tontería!... Vamos.

—No, no iré. Para tí no hay ningún interés en que vaya, y para mí es muy expuesto.



IV

DESPUÉS, por espacio de diez días no pareció por allí. Una vez, durante las fiestas, vino vestido de frac; véfase que venía de una visita y se quedó todo el día, el cual se pasó jugando. Volvió al otro día, y al otro... Todo seguía como antes; yo quise jugar otra vez con él.

—No,—me dijo.—No jugaré más contigo, y en cuanto á los ciento ochenta rublos que te debo... ven dentro de un mes á mi casa y te los daré.

Un mes después fuí á su casa.

—Te juro que no tengo dinero,—me dijo.—Pero ven el jueves. Fuí el jueves. Tenía unas habitaciones magníficas.

—Está en casa?—pregunté.

—Está aun en la cama,—me contestaron.

—Bueno, esperaré.

El criado era uno de los campesinos de sus tierras, un viejo pequeño, simple, sin conocer ninguna clase de trato mundano. Empezamos á hablar...

—Por qué,—dijo,—vinimos aquí con mi señor! Aquí vivimos muriendo y en este Petersburgo no hay para nosotros ni honra ni provecho. Al venir del campo, por el camino, pensábamos: Estará como en tiempos de nuestro antiguo señor, que en el cielo more! Nos visitaremos con los príncipes, los condes, los generales, es-